



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A POLONIA

MISA EN LA EXPLANADA DEL AEROPUERTO DE LEGNICA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Lunes 2 de junio de 1997

1. «*Engrandece mi alma al Señor*» (Lc 1, 46). ¡El *Magnificat*! Hemos escuchado las palabras de ese cántico en el evangelio de hoy. María, después de la Anunciación, fue a visitar a su prima Isabel. Y ésta, al oír el saludo de María, recibió una iluminación particular. En lo más íntimo de su corazón conoció que su joven prima llevaba en su seno al Mesías. Por eso, exclamó, al saludar a María: «¡Bendita tú entre las mujeres, y *bendito el fruto de tu vientre!*» (Lc 1, 42). Y entonces, respondiendo al saludo de Isabel, María alabó a Dios con las palabras del *Magnificat*: «*Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador...*» (Lc 1, 46-47).

La Iglesia no se cansa de recordar las palabras de ese cántico. Las repite, especialmente, cada día en la liturgia vespertina, al dar gracias a Dios por el mismo motivo que lo hacía la Virgen María: *porque el Hijo de Dios se hizo hombre y acampó entre nosotros*. Y nosotros hoy, durante la liturgia de la santa misa en Legnica de los Piast, cantamos con María el *Magnificat*, *para expresar nuestra gratitud por el don de la presencia continua de Cristo en la Eucaristía*. En efecto, nos encontramos en el ámbito del Congreso eucarístico internacional de Wrocław, que se concluyó ayer. Con las palabras de María damos gracias por todo bien, en que hemos participado mediante el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Elevemos esta acción de gracias juntamente con todas las generaciones de los creyentes del mundo entero. Y es para nosotros una alegría especial el hecho de que este himno universal de alabanza resuene aquí en Legnica, en la baja Silesia. Me alegra haber podido venir aquí a reunirme con la comunidad cristiana que, desde hace cinco años, forma parte de la nueva diócesis de Legnica. Dirijo palabras de cordial saludo a monseñor Tadeusz, vuestro pastor, a su

obispo auxiliar, a los presbíteros, a las personas consagradas y a todos los fieles de la diócesis. Saludo también a los peregrinos que han llegado de Alemania y de la República Checa, así como a los serbolusacianos. Les agradezco su presencia.

Vuestra diócesis es joven, *pero el cristianismo en estas tierras tiene una larga y rica tradición*. Todos sabemos que Legnica es un lugar histórico, donde un príncipe de la dinastía de los Piast, Enrique el Pío, hijo de santa Eduvigis, resistió a los invasores procedentes del este —los tártaros—, frenando su peligroso avance hacia el oeste. Por este motivo, aunque la batalla se perdió, muchos historiadores la consideran una de las más importantes de la historia de Europa. También tiene una importancia excepcional desde el punto de vista de la fe. Es difícil precisar cuáles eran los motivos que impulsaron a Enrique: la voluntad de defender su tierra patria y al pueblo afligido, o frenar al ejército musulmán que constituía una amenaza para el cristianismo. Parece ser que ambos motivos lo impulsaron por igual. Enrique, al dar la vida por el pueblo encomendado a su gobierno, la daba al mismo tiempo por la fe en Cristo. Y era una característica significativa de su piedad, que las generaciones de entonces advirtieron y conservaron en su apodo.

Esta circunstancia histórica, vinculada al lugar de la liturgia de hoy, nos lleva a hacer una reflexión sobre el misterio de la Eucaristía en una perspectiva particular, *en la perspectiva de la vida social*. Al respecto, como enseña el Concilio: «No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía. En ella, por tanto, ha de empezar toda la formación en el espíritu de comunidad » (*Presbyterorum ordinis*, 6).

2. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? » (1 Co 3, 16). Estas palabras, que san Pablo dirigió a una comunidad cristiana determinada, la de Corinto, valen para toda comunidad, en cualquier ciudad o aldea, y en todo tiempo. ¿De qué vivían las comunidades de los inicios? ¿De dónde recibían el Espíritu de Dios? Los Hechos de los Apóstoles atestiguan que los cristianos, ya desde el principio, acudían asiduamente a la oración, a escuchar la palabra de Dios y *a la fracción del pan, es decir, a la liturgia eucarística* (cf. Hch 2, 42). Así volvían cada día al cenáculo, al lugar donde Cristo instituyó la Eucaristía. Desde entonces la Eucaristía se convirtió en el inicio de una nueva construcción.

La Eucaristía se convirtió en fuente de un vínculo profundo entre los discípulos de Cristo: era ella la que *edificaba la «comunidad»*, la comunidad de su Cuerpo místico, enraizada en el amor e impregnada de amor. *El signo visible de ese amor era la solicitud diaria por cualquier persona necesitada*. Compartir el pan eucarístico constituía para los cristianos una invitación y un compromiso a compartir también el pan de cada día con los que carecían de él. Los Hechos de los Apóstoles nos refieren también que muchos «vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2, 45). *Esta actividad de la primera comunidad de la Iglesia en todas las dimensiones de la vida social era la continuación de la misión de Cristo de llevar al mundo una nueva justicia, la justicia del reino de Dios*.

3. Hermanos y hermanas, hoy, mientras celebramos la Eucaristía, resulta claro también para nosotros que estamos llamados a vivir esa misma vida y con ese mismo Espíritu. Se trata de una de las grandes tareas de nuestra generación, de todos los cristianos de este tiempo: *Llevar la luz de Cristo a la vida diaria*. Llevarla a los «areópagos modernos», a los amplios espacios de la civilización y la cultura contemporáneas, de la política y de la economía. La fe no se puede vivir sólo en lo íntimo del espíritu humano. Debe manifestarse exteriormente en la vida social. «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 20-21). Esta es la gran tarea que nos corresponde a los creyentes. En varias ocasiones he hablado de cuestiones sociales en los discursos y, sobre todo, en las encíclicas: *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis*, *Centesimus annus*. Sin embargo, es preciso volver a estos temas, *mientras en el mundo se produzca una injusticia, por más pequeña que sea*. De lo contrario, la Iglesia no sería fiel a la misión que Cristo le confió: la misión de la justicia. En efecto, van cambiando los tiempos y las circunstancias, pero siempre hay entre nosotros personas que necesitan la voz de la Iglesia y la del Papa, *para que se conozcan sus angustias, sus dolores y sus miserias*. No pueden quedar defraudados. Deben saber que la Iglesia estaba y está con ellos, que con ellos está el Papa, el cual abraza con su corazón y con su oración a todo aquel que se halle tocado por el sufrimiento. El Papa hablará —no puede por menos de hablar— de los problemas sociales, porque *aquí está en juego el hombre, la persona concreta*.

Hablo de esto también en Polonia, porque sé que mi nación necesita este mensaje sobre la justicia. En efecto, hoy, en el tiempo de la construcción de un Estado democrático, en el tiempo de un desarrollo económico dinámico, se descubren con especial claridad todas las carencias de la vida social de nuestro país. Cada día nos damos cuenta de cuán numerosas son las familias que padecen necesidad, especialmente las familias numerosas. ¡Cuántas son las madres solas, que luchan por mantener a sus hijos! ¡Cuántos son los ancianos abandonados y privados de los medios para vivir! En las instituciones para niños huérfanos y abandonados, a muchos les falta incluso el pan de cada día y el vestido. ¿Cómo no recordar a los enfermos, que no pueden ser debidamente atendidos a causa de la falta de medios? En las calles y en las plazas aumentan las personas sin hogar.

No se puede callar ante la presencia entre nosotros de todos estos hermanos nuestros, que también forman parte del mismo Cuerpo de Cristo. *Al acercarnos a la mesa eucarística para alimentarnos de su Cuerpo, no podemos quedar indiferentes con respecto a quienes les falta el pan de cada día*. Es preciso hablar de ellos, pero también es necesario salir al encuentro de sus necesidades. Es una obligación que grava especialmente sobre los que tienen autoridad: a ellos, que están al servicio del bien común, corresponde la tarea de promulgar leyes adecuadas y dirigir la economía del país, de modo que esos fenómenos dolorosos de la vida social encuentren la solución justa.

Pero también tenemos todos el deber, un deber de amor, de prestar ayuda, en la medida de

nuestras posibilidades, a los que la necesitan. «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). «Cuanto dejasteis de hacer a uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (Mt 25, 45). Hace falta nuestra ayuda cristiana, nuestro amor, para que Cristo, presente en nuestros hermanos, no pase necesidad.

En nuestro país ya se ha hecho mucho en este aspecto. También la Iglesia en Polonia ha hecho y hace mucho al respecto. En la actividad pastoral de la Iglesia han entrado de forma estable las iniciativas en favor de los necesitados, de los enfermos, de los que carecen de hogar no sólo en el país, sino también fuera de sus fronteras. Se están desarrollando el voluntariado y las obras de caridad.

Por eso, quiero expresar mi aprecio a todos los sacerdotes, religiosos y laicos que demuestran cada día sensibilidad ante las necesidades de los demás, capacidad de compartir con generosidad sus bienes y un gran compromiso en favor del prójimo. Vuestro servicio, a menudo oculto, con frecuencia silenciado por los medios de comunicación social, sigue siendo siempre un signo de la credibilidad pastoral de la misión de la Iglesia.

A pesar de estos esfuerzos, queda aún mucho por hacer. Os invito, hermanos y hermanas, *a aumentar vuestra sensibilidad ante todo tipo de necesidad, y a colaborar con generosidad para llevar la esperanza a todos los que no la tienen*. Que la Eucaristía sea para vosotros fuente inagotable de esta sensibilidad y de la fuerza necesaria para actuarla en la vida de cada día.

4. Quisiera hablar un poco de *la cuestión del trabajo humano*. Al comienzo de mi pontificado dediqué a este problema toda una encíclica, la *Laborem exercens*. Hoy, dieciséis años después de su publicación, muchos problemas siguen siendo actuales. Algunos de ellos se han acentuado aún más en nuestro país. ¿Cómo no mencionar a los que, como consecuencia de la reorganización de las empresas y de las fincas agrícolas, *han debido afrontar el drama de la pérdida del puesto de trabajo*? ¡Cuántas personas, y familias enteras, han caído por esto en una pobreza extrema! ¡Cuántos jóvenes ya no ven una razón para emprender los estudios y hacer una carrera, ante la perspectiva de la falta de empleo en la profesión elegida!

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* escribí que *el desempleo es el signo del subdesarrollo social y económico de los Estados* (cf. n. 18). Por eso, es preciso hacer todo lo posible para prevenir este fenómeno. En efecto, «el trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad—, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido "se hace más hombre"» (*Laborem exercens*, 9).

Con todo, los cristianos que cuentan con medios de producción también tienen la obligación, que brota de la fe y del amor, de esforzarse por crear puestos de trabajo, contribuyendo así a la solución del problema del desempleo en su entorno. Pido ardientemente a Dios que todos los que

desean obtener honradamente el pan con el trabajo de sus manos encuentren las condiciones adecuadas para hacerlo.

Además del problema del desempleo, está la actitud de quien considera al trabajador como *un instrumento de producción*, con la consecuencia de que se ofende al hombre en su dignidad de persona. En la práctica, este fenómeno *toma la forma de la explotación*. A menudo se manifiesta en modalidades de empleo en que no sólo no se garantiza al trabajador sus derechos, sino que se le somete a tal situación de precariedad y de temor de perder el empleo, que prácticamente se le priva de toda libertad de decisión.

Con frecuencia esta explotación se manifiesta, asimismo, fijando a los trabajadores un horario de trabajo que les priva del derecho al descanso y de la posibilidad de atender al bien espiritual de su familia. A eso se une, a menudo, también un salario injusto, además de las negligencias en el campo de la seguridad social y de la asistencia sanitaria. Asimismo se dan casos en que, especialmente por lo que atañe a las mujeres, se les niega el derecho al respeto de la dignidad de la persona.

El trabajo humano no se puede considerar solamente como una fuerza necesaria para la producción: la «fuerza laboral». Al hombre no se le puede tratar solamente como un instrumento de producción. *El hombre es creador del trabajo y su artífice*. Es preciso hacer todo lo posible para que el trabajo no pierda su dignidad propia. El fin del trabajo, de todo trabajo, es el hombre mismo. Gracias a él debería poder perfeccionar y profundizar su propia personalidad. No nos es lícito olvidar —y esto lo quiero decir con energía— *que el trabajo es «para el hombre» y no el hombre «para el trabajo»*.

Dios nos pide grandes tareas, exigiéndonos que demos testimonio en el campo social. Como cristianos, como personas que creen, debemos sensibilizar nuestra conciencia frente a todo tipo de injusticia y toda forma de explotación, notoria o encubierta.

Aquí me dirijo, ante todo, a los hermanos en Cristo que dan trabajo a los demás. No os dejéis engañar por el afán de un beneficio inmediato, a costa de los demás. Evitad cualquier signo de explotación. De lo contrario, cada participación del pan eucarístico *se convertirá para vosotros en un reproche y una acusación*. Y a quienes emprenden un trabajo, cualquier tipo de trabajo, les digo: realizadlo *con responsabilidad, honradez y esmero*. Cumplid vuestros deberes con espíritu de colaboración con Dios en la obra de la creación del mundo. «Someted la tierra» (cf. *Gn 1, 28*). Realizad vuestro trabajo con sentido de responsabilidad para la promoción del bien común, que no sólo debe servir a esta generación, sino también a todos los que en el futuro habitarán esta tierra, nuestra tierra patria, Polonia.

5. «Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahveh tu Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yahveh tu Dios, si sigues sus caminos y

guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás; el Señor tu Dios te bendecirá» (Dt 30, 15-16). Estas palabras del testamento de Moisés resuenan hoy con gran fuerza en nuestra patria. Así pues —exhorta Moisés—, «¡escoge la vida!» (Dt 30, 19).

¿Por qué camino entraremos en el tercer milenio? «Yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia», dice el Profeta. Hermanos y hermanas, os pido: «¡Escoged la vida!». Esta elección se realiza en el corazón, en la conciencia de todo hombre, pero influye también en la vida de una sociedad, de una nación. Así pues, de alguna manera, todo creyente es responsable de la forma de la vida social. Un cristiano que vive de fe, que vive de Eucaristía, está llamado a construir su propio futuro y el de su nación, un futuro basado en los sólidos cimientos del Evangelio. Por consiguiente, *no tengáis miedo de asumir la responsabilidad de la vida social en nuestra patria*. Esta es la gran tarea que tiene todo hombre: ir con valentía al mundo; poner las bases del futuro, para que se respete al hombre y se acoja la buena nueva. *Cumplid esa tarea con la unanimidad que nace del amor al hombre y del amor a la patria*.

Al final de este siglo, como escribió un día Stanisław Wyspiński, hace falta «un gran acto y una gran obra» para impregnar la civilización en que vivimos del espíritu de justicia y de amor. Hace falta «un gran acto y una gran obra» para que la cultura contemporánea se abra ampliamente a la santidad, para que cultive la dignidad humana y enseñe el contacto con la belleza. Construyamos sobre el Evangelio para que, junto con las generaciones venideras de polacos que vivan en una patria libre y próspera, podamos dar gracias a Dios con las palabras del Salmista:

«Día tras día te bendeciré (Señor) y alabaré tu nombre por siempre jamás. Grande es el Señor, y merece toda alabanza, es incalculable su grandeza. Una generación pondera tus obras a la otra, y le cuenta tus hazañas» (Sal 145, 2-4).

6. «*Engrandece mi alma al Señor*». Durante el Congreso eucarístico internacional en la baja Silesia, hemos dado gracias, junto con María, por la Eucaristía, fuente de amor social. Que la coronación de la milagrosa imagen de la Virgen de las Gracias de Krzeszów, sea la expresión de esa unidad.

El santuario de Krzeszów fue fundado por Ana, viuda de Enrique el Pío, un año después de la batalla de Legnica. Ya en el siglo XIII, ante la imagen de la Madre santísima se reunían innumerables peregrinos. Y ya entonces el santuario se solía llamar *Domus gratiae Mariae*. Verdaderamente era la Casa de la gracia repartida con generosidad por la Madre de Dios, a la cual llegaban numerosos peregrinos de varios países, especialmente bohemos, alemanes, serbolusacianos y polacos. Nos alegramos de que también hoy la Madre de Dios haya reunido a muchos peregrinos de esas naciones que tienen fronteras comunes.

Ojalá que este signo de poner una corona sobre la cabeza de María y del Niño Jesús sea *expresión de nuestra gratitud por los beneficios divinos*, que con tanta abundancia han recibido y

siguen recibiendo los devotos de María que acuden a la Casa de la gracia de Krzeszów. Y ojalá que sea también signo de la invitación que hacemos a Jesús y a María para que reinen en nuestro corazón y en la vida de nuestra nación, a fin de que todos nos convirtamos en templos de Dios y valientes testigos de su amor a los hombres.